

**EDUARDO SAXE FERNANDEZ.** Costarricense. Libros publicados: *Poética en Bachelard —ensayo—* (1976) y *Tu crecida noche —poesía—* (1978). Primero y segundo premios, rama de cuento, en los Primeros Juegos Florales Universitarios de la Universidad de Costa Rica. Inédito, su reciente **trabajo** *Sobre el contexto imperial de la ciencia*. Profesor de filosofía por esta Universidad. Actualmente, director del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional.



**ILEANA**

**EDUARDO SAXE FERNANDEZ**

"Ya estaba a salvo: devuelto a su soledad. Se paró a encender la pipa: echó una mirada a su mujer y a su hijo en la ventana, como quien levanta los ojos de una página que va leyendo en un tren expreso y atisba una granja, un grupo de casitas como ilustración y confirmación del texto impreso, volviendo a él más seguro, más satisfecho".

VIRGINIA WOOLF

I

Los vidrios del ventanal estaban un poco sucios, pero aun así pudimos saber que afuera todo brillaba. Los sauces y muchos cipreses oscuros giraban y se balanceaban contra el aire, allá, más atrás de la ondulación floreada en violetas y amarillos del potrero y los cañaverales. Era el final del almuerzo, y el momento de silencio y de pausas benignas que anuncia al mediodía me alcanzó absorto en el paisaje, y en la media cara, el perfil y los rizos profundos del cabello de Ileana, que se iluminaban con el reflejo casi blanco del cristal.

Dejamos los platos sin lavar apiñados en la cocina y salimos para el bosque.

El calor nos permitía respirar con facilidad. La sombra húmeda de los árboles y el murmullo de aguas y pájaros y ardillas como que preguntaban y respondían sin detenerse nunca; cada gota acumulada en las hojas, el alboroto de gorjeos y los chillidos de roedores veloces, todo era una prevención, y también repetían lo que nuestros corazones ya habían conocido; o tal vez hablaban de lo que vendría después, con las páginas de un tiempo que no se puede relatar, pero que aviva circuitos y emociones orientados como esquivas de hierro dulce cuando un imán las atrae.

Caminamos suavemente por los trillos del bosque con pasos y dirección paralelos al pequeño arroyo transparente, cerca del agua que salta y que nace en medio de las dos piedras más grandes del contorno, al lado izquierdo del túnel de piedra que construyeran esclavos chinos el siglo pasado, cuando el General Tomás Guardia quería llevar un ferrocarril desde la montaña hasta el Caribe.

Después jugamos a las guerrillas por las colinas que rodean al bosque. Trepamos, nos

agachamos, bajamos y nos descubrimos, siguiendo el movimiento y la ruta evasiva de los enemigos invisibles. Corrimos, y entre risas y anhelos, imaginarios volamos una estación del ferrocarril donde se habían refugiado los soldados y el gerente de la Compañía Bananera. Liberamos así un poblado de minúsculas hormigas amigas y establecimos el Territorio Libre de las Oropéndolas, cuya base central quedaba señalada por un gigantesco higuérón, que sostenía los largos nidos colgantes, y que extendía sus raíces hasta la margen pedregosa del arroyo.

Acabamos cansados, con los zapatos y los ruedos de los pantalones llenos de barro. Toda la noche anterior había llovido. Las aguas en el cauce, por ese motivo, todavía venían revueltas y sucias. Pudimos cruzar rápidamente y sin problemas, haciendo equilibrio sobre el ancho tubo negro y musgoso, que sirve para transportar agua al Ingenio cercano. Nos metimos después al túnel, y gritamos en medio de la oscuridad para escuchar los ecos repetidos, y cuando una animada golondrina cruzaba locamente todo el largo arco de piedra labrada.

Salimos al otro lado y vimos la poza donde el agua descansa espesa, insondable y verde, repleta de perezas y fantasmas.

Ileana me abrazó, murmurando por mi cuello, "Vencimos, vencimos", mientras yo tamborileaba con los dedos en su espalda, repitiendo mentalmente, "juegos-repeticiones: juegos—preparaciones".

*Se levantaría muy temprano y caminaría hasta donde nace la luz. Sus manos se llenarían de agua fresca, y la tierra le entregaría su tacto ancho y profundo. Cubriría su cabeza con el pañuelo amarillo, para que el viento no la empujara hacia las inquietudes y las distracciones. Aguardaría, hasta que él también pudiera hospedarse en una mañana detenida y perenne.*

## II

La aventura del bosque fue como un aguacero en medio del verano. Otra vez me ilusioné y soñé, pero la verdad es que Ileana tenía nuevos intereses, desde que conoció a Róger, el gringo amigo de José Alberto y de todo el grupo que se reunía junto al tocadiscos, la conversación nocturna y la mariguana y la lectura de Ouspensky.

Ileana estaba entonces pensando en cosas que yo no podía ni conocer ni entender. Caminaba muy lejos de mis manos y absorta, aunque yo veía que trataba de conservar nuestras costumbres, tal vez por la casa y el cielo del bosque, y porque mis abrazos todavía la alimentaban pero intermitentemente; o tal vez porque estaba demasiado satisfecha, aburrida ya de seguir buscando novedades en lo que conocía tan bien. Quise entender lo que sucedía midiendo sus palabras, apretándola y persiguiéndola insistentemente en los labios, los senos, porque su piel y su respiración me hacían olvidar todo lo demás. Pero siempre terminábamos más desnudos y sudados y quietos; cada vez un poco más quietos y solitarios; cada vez había menos silencio entre nosotros. Podíamos tocarnos y bebernos a gusto, pero entonces encontrábamos la batalla que nos deshacía, y que crecía, sin que pudiéramos ni quisiéramos enfrentarla, perderla o ganarla.

No entendía la amistad de Ileana con el gringo y con José Alberto y todos los otros. Varios de ellos eran miembros activos del Comando, todos amaban la violencia, el poder y

el dinero. En el fondo, eran niñitos burgueses que terminarían siendo como sus padres querían que fuesen. José Alberto solamente se interesaba por la ropa que vestía, pistolas y carros de máquinas poderosas, las mujeres y los discos de rock, la coca y la mota y hasta un poquito de negocio peligroso. De Róger decían que era poeta (igual que yo), reputado de leído y sabido porque se suponía que había estudiado varios años, en Seattle, con un "maestro" de esos que tanto abundan en Norteamérica. A Ileana le gustaban sus ojos, y la tenía encandilada con su palabrería. Pero yo sabía que él pensaba en el dinero y la ventaja personal, además de que su boca —como comprobé después— denunciaba a una persona libertina. Hablé con Ileana, de que esas personas nada bueno darían al Movimiento ni a nosotros. Pero no le importó.

Y fue tanta la intriga y el malestar y los celos que quise ver qué hacían, qué decían.

Ella me presentó en la casa. Se fumó monte en cantidad apreciable, sonaba un rocanrol del que no se oye por el radio, muy intenso y continuo y estrepitoso. Eran gringos nacionalizados y nacionales agringados, distribuidos en pequeños grupos como gente que no sabe qué hacer consigo misma y tiene miedo de hacer otra cosa. Cuando llegamos Róger no estaba, pero era esperado. Me acomodé en un sillón, apartado para que no me notaran mucho y porque sentía un cierto rechazo de la casa y las personas. Uno de los muchachos se aproximó y empezó a hablarme. Mientras conversaba paciente y absurdamente sobre la autocontemplación, y sobre por qué el esoterismo es peligroso, me dediqué a observarla.

Habló y se rió mucho, atisbando de vez en cuando a José Alberto, como si él le fuera a avisar algo. También me miraba de tanto en tanto, y sentía que se avergonzaba de mi presencia, excitada por la fumadera, la música y el ambiente. Parecía otra persona, una Ileana que no conocía, una mujer obvia, casi que vulgar. Entonces vino Róger.

Fijé mis ojos en los suyos enrojecidos, hasta que no aguantó, hasta que los vencí y



tuvo que bajarlos y desviarlos y ocultarlos. Yo también miré hacia otro lado, y me desentendí. No le quise dar la importancia que estaba habituado a recibir. Se alejó y se perdió por la cocina, seguido de José Alberto e Ileana.

Pasó una media hora.

A las diez y media me levanté, hablé con Ileana y me fui, porque tenía ganas de respirar aire limpio, y porque ella quiso quedarse.

### III

Regresó tarde a la casa, en la madrugada. Mientras se desnudaba me contó de la reunión.

—“¡Viste a Róger! No tenés que estar celoso. El es un maestro. Tiene poderes especiales. Estoy segura que sentiste. Conoce de memoria las enseñanzas de Gurdieff. Puede curar por imposición de manos. José Alberto me dijo que lo llevó a él hasta la cima de El Empalme, y ahí le enseñó cosas que no podía ni repetir ni explicar”. Luego dijo que cuando Róger tocó flauta en el patio todos habían sentido como electricidad.

Apenas podía contener la cólera, los celos y el dolor. Porque ya no se acordaba de todo lo que habíamos hablado desde que nos conocimos. Por largo rato no dije nada. Después encendí un cigarrillo y hablé, escuchando mi propia voz, que salía lenta y fuerte.

—“Róger es un charlatán que engatusa con sus cuentos a las mujeres para seducirlas y a los hombres para manejarlos y conseguir influencias y plata. Quiere plata. Todos esos amigos tuyos son contrarrevolucionarios. José Alberto y Rafael son del Comando. Ya sabes que son muy peligrosos. Fuman monte y no saben ni por qué ni para qué. Para



olvidarse de problemas y sentirse bien y porque es la moda. Son como los alcohólicos. Si leyeras a los "maestros" esos, te darías cuenta de que perseguían el poder, partida de aristócratas derrocados. Sus razonamientos se parecen mucho a los de los amigos de Hitler. Ellos y todo lo que hacen es parte del fascismo. Hitler tenía todo centrado en la esoteria y el ocultismo. Tenía maestros tibetanos y brujos suizos y rusos a su servicio. Porque los fascistas buscan apoyarse en los sentimientos y las emociones, en el terror y en lo irracional de los seres humanos. Para justificar sus sueños de grandeza y creerse escogidos y superiores. Para engañar y dominar a las gentes con ideas falsas de razas superiores. En esos libros hablan mucho de jerarquías cósmicas y astrales. Y de psicología. Porque lo que quieren es que la gente se llene la cabeza con jerarquías, para que acepte las jerarquías. Además, me parece una idiotéz pensar que digan como gran novedad lo de la importancia del trabajo. Ellos, ellos sí que no saben precisamente lo que es el trabajo. Lo que pasa es que esos son libros y doctrinas para burgueses vagabundos y decadentes, y reflejan simplemente la terrible crisis del sistema capitalista. Y esas amistades tuyas son de lo más egoístas. Individualistas. Y Róger más que todos los demás juntos. Por eso lo tratan como jefe. Róger cree —aunque tal vez ni cuenta se da— que es muy importante. Seguro que te dice que los individuos pueden llegar a ser libres dedicándose a sí mismos exclusivamente, dominando o controlando la "máquina física" que dicen ellos que es uno. Y que vos sos muy especial y que él te va a enseñar. Lo que quiere es otra cosa. Nada más. Acostate con él. Pero no encontrarás nada de amor. Porque para amar hace falta preferir el bien del otro sobre el de uno mismo. Y uno solamente se puede encontrar en los demás. Ahora vamos todos o no va ninguno. Nadie puede ser libre mientras haya un hombre o una mujer, uno solo, por lo menos, que no sea libre. Pero claro, ellos imitan como monos todo lo que viene de gringolandia; ellos provienen de familias acomodadas y eso explica sus actitudes. Y te llevan y te dejás impresionar por gente así. Pero claro, harás lo que te dé la gana, porque yo no te tengo ni te he tenido nunca amarrada. Aunque ya no te entiendo".


No respondió. Pero sentía su tristeza y nuestra vergüenza. Para cuando terminé ya estábamos acostados. Me dio la espalda y se durmió. Yo estuve con el asunto clavado en la cabeza, meditando que esas gentes eran muy peligrosas —un mal síntoma de lo que pasa en el país— y que tenían seducida a Ileana. Para alejarla de mí. Para hacer con ella quién sabe qué cosas.

#### IV

Al día siguiente se fue a la casa de sus padres, en San José, con el pretexto de pasar el fin de semana cosiéndome en la máquina de su madre una camisa.

El domingo, después de la reunión en el Movimiento y de una conversada y tomada de café con los compañeros, fui a buscarla, pero no estaba. Dejó un mensaje, de que había ido a visitar a una amiga. Supuse dónde andaba en realidad, pero no quise insistir y me volví a nuestra casa.

Llegué como a las once de la noche. Los perros eran dueños del camino. Sus ladridos parecían más intensos, por el eco que creaba la espesa neblina. Recuerdo muy bien que



no había luna, y pensé que era extraño que los animales estuvieran tan excitados, cuando el astro no los perturbaba. El ingenio también estaba apagado, callado, apenas si se podía adivinar su mole de hierro. Cuando bajaba la cuesta, dos pájaros, que no eran ni cuyeos ni lechuzas, saltaron y alborotaron con aleteos como de ametralladoras. Me asustaron. En el portón sentí que alguien estaba dentro de la casa, y no precisamente lleana.

—“Es el gringo. Y José Alberto y los del Comando. Me aguardan para matarme”.

Abrí despacio la puerta de la casa, diciendo:

—“¡Salgan! ¡A ver si son tan machos!”

Tenía las manos listas —no porto arma. Pero solamente me respondió el silencio. Fui al cuarto, encendí una candela —no tenemos electricidad—. Revisé toda la casa. Nada. Al rato me acosté, tranquilo, y acostado me puse a escribir en mi cuaderno, y a esperarla. Estaba quedándome dormido, cuando desde afuera, cerca y junto a la pared de la ventana, llegó un alarido de niño de meses. Agudo, doloroso, penetrante. A la carrera me levanté y me asomé. Nada. Solo la calma. Algunas de las vacas de don Milo, rumiando largos bostezos en la niebla. Atrás el principio de los cañaverales, opacados, y a la derecha la sombra del bosque. Me volví a acostar. No podía pensar bien, ni encontrarle sentido a lo que me pasaba. Contra mi costumbre, no yacía de lado, sino boca arriba. Los pensamientos fueron cada vez más escasos, cada vez la respiración se volvía más pausada. Pensé:

—“Si alguien pudiera verme creería que estoy dormido”.

Mi cuerpo descansaba, pero no había perdido la conciencia.

Entonces sentí un tirón, y un chorro de aire eléctrico por el centro de la espalda, que zumbaba y me hacía vibrar todo. Sentí que flotaba, que me había convertido en una liviana bolsa transparente. Miré, abajo, a mi cuerpo como desvinculado sobre la cama, y las cortinas de la ventana que se agitaban violentamente, impulsadas y arrastradas por un viento implacable.

—“¿De dónde saldrá ese viento?”

Todo fue negro por un instante . . .

- "Mover los dedos de las manos. Mover los brazos y las piernas rítmicamente".

En la distancia, mientras giraba por el espacio divisé luces que se aproximaban, o hacia las cuales me dirigía. Eran las Siete Cabritas, Las Pléyades. Eran los rostros de las personas que siempre quise encontrar y amar. Ansiaba quedarme allí, y los rostros hablaron.

- "Te esperábamos desde hace mucho tiempo".

- "Yo también quería conocerlos a ustedes".

Pero tuve dudas. Y una voz, que no era la de nadie y que parecía salir desde el corazón del cielo, dijo:

- "NO CREAS QUE YA HAS TERMINADO LO QUE DEBES HACER. TIENES QUE VIVIR MAS. TIENES QUE REGRESAR. QUIERES VOLVER. DEBES REGRESAR A COMO HAYA LUGAR".

Hice un enorme esfuerzo por apartarme, aterrorizado, y de golpe volví a la cama, donde desperté con sobresalto, el corazón batiendo con violencia.

Me levanté. Fui a la cocina y tomé un poco de agua.

Estaba seguro de que no había sido un sueño, o de que se trataba de un sueño tan real que era más claro que estar despierto.

- "Los teósofos dirían que viajé en el cuerpo astral". Róger quería hacerme daño. Quería matarme. Quería desencarnarme. Pero algo me protegió. Sí. Querían matarme, y si me hubiera quedado con aquellos rostros ahora estaría muerto. Eso es lo que Róger quería.

*Iría al bosque en la tarde. Sentada junto al agua podría llegar a saber realmente quién era ella, quién era él. Un avión plateado y brillante, fulgurante, atravesaría el cielo rompiendo las nubes. Entonces todo estaría olvidado, incluso los sueños y los proyectos del mediodía. En la noche, desde los troncos de los eucaliptos nacerían dos muchachos gozosos y empezarán a cantar, y llegarían hasta donde ella estaba. Después se dormiría entre sus manos fuertes.*



## V

Durante la semana que siguió tuve mucho trabajo en la oficina, y con el Sindicato y en el Movimiento. La situación del país estaba tensa, porque las compañías bananeras no querían pagar, rehusaban hacer un nuevo convenio colectivo de trabajo. Como de costumbre, sobornaban al gobierno, apoyadas por la embajada, y además montaron una gran campaña de publicidad contra nuestra Central Sindical, y a favor de la otra, la gobiernista y "controlable". El Presidente, por supuesto apoyaba de hecho a la Compañía, pero por los periódicos, la radio y la televisión, decía estar defendiendo los intereses nacionales y democráticos, y de ninguna manera, decía, y bajo ninguna circunstancia, iba a permitir que grupos extremistas e irresponsables alteraran la paz, y el clima de armonía social que daba fama a nuestro país en todo el mundo. Nosotros conseguimos el apoyo de los estudiantes universitarios y también de otros sindicatos progresistas, y dimos un ultimátum a la Compañía y al Gobierno, pero no respondieron nada. Entonces organizamos una marcha de protesta, que culminaría en la Asamblea Legislativa.

Cuando pasábamos frente a uno de los bancos principales, la policía, que estaba escondida en el sótano del edificio, salió volando gas y garrote. Unos cuantos manifestantes respondimos como pudimos, con piedras, puños y palos, pero pronto el Comité Organizador gritó la consigna de disolverse. Nos persiguieron. Golpearon y agarraron a muchos. A nosotros —Jorge, Alberto, Mario y yo— nos detuvieron soldados y miembros del Comando (que auxiliaban "casualmente" a la policía), casi al frente del Banco Central y del edificio "Soberanía Nacional" (alojaba a la embajada de Brasil, la ALCOA, la SHELL, Mac Donalds, etc). Nos llevaron a la Detención General en un carro patrulla (revisaron mi bulto y encontraron *Marx y el marxismo* de Rodolfo Mondolfo —me puse a explicarles . . . — nos reímos y los tombo se enojaron entonces).

En la cárcel había mucha confusión, órdenes y gritos y carreras y empujones. Cantamos. Nos visitó un Ministro. Dijeron que nos interrogarían (pero no). Tiraron gases en las celdas porque de allí salían a coro burlas contra los Comandantes y Coroneles, por ser alquilados y culiados por los yanquis.

Nos soltaron temprano al día siguiente, sin cargos judiciales pendientes, por obra y gracia del espíritu presidencial.

## VI

Al regresar lleana quería pelear. Que parece tonto. Que ya estoy aburrida, frita de tanta política que no lleva a nada más que me usés.

Quedé abrumado, no repliqué, cansado, dominado y obsesionado por la marcha y la cárcel. Imposible pensar en familias y amores dolorosos. Ni siquiera se me ocurrió decir que era ella la que se alejaba del hogar y no yo, que no era la política la causa de nuestro malestar, que el uso era recíproco.

Cuando vio que callaba y que estaba por irme o caerme, dejó de hablar, puso sus ojos profundos en los míos, me tendió los brazos, empezó a llorar y dijo suave y entrecortada:

—“Pablo, creo que tendremos un niño”.

## VII

El domingo salí temprano a caminar por el bosque. Palpando las hojas, vagando apoyado en tierra, hablando solo a través del cielo me apreté contra un árbol para respirar su fuerza, para que él absorbiera el asombro y el dolor. Después me acosté en un rellano sombreado para descansar y mirar las nubes pasando en filas y grupos, como vacas arriadas al azar, lentas, fugaces, altísimas figuras cambiantes, interminables ensoñaciones infantiles, hasta que el calor y el ritmo indulgente del campo lograron adormecerme.

Pronto surgieron cercanos pasos, golpes al caminar alguien; la risa contenida de una muchacha ojos de papel volando, aproximándose.

--"Hola. ¿Vos sos Pablo, verdad? El de la casa por el Ingenio ¿verdad? "

Semilevantado, apoyado en los codos, contesté:

--"¿Y cómo es que sabés tanto de mí? "

Volvió a reírse:

--"Te conozco desde hace tiempo. Todos los días pasás frente a casa".

Miré sus ojos. Siguió hablando, aunque para evadirse, por decir algo; porque se había turbado.

--"Me llamo Rosita. Vivo arriba de la cuesta, en la casa verde".

Continué perdido en sus ojos. Volvió la cara hacia el sol, nos reímos a la vez, caminamos por el bosque, hablamos más; nos abrazábamos y tocábamos temblorosos nuestros cuerpos.

*Cruzarían el río con cuidado. Los árboles tendrían una sombra pálida y no haría viento (la luna, la noche).  
Desnudos bailando los tres cogidos por las manos y las cinturas. Después gritarían y se sentirían libres.*

## VIII

El lunes trabajé hasta tarde y en la noche, cuando regresé, otra vez Ileana no estaba. Recordé su "quiero ser como todas las otras, que no viven en congojas". "Las otras todas son iguales a vos, tal vez". Cansado, me acosté y me dormí rápidamente.

Al día siguiente me levanté temprano, preocupado. Empecé un poema,

Como el aire  
nuevo  
te busco redonda  
nueva . . .

Tocaron a la puerta. Me asomé por una ventana y observé que cinco hombres aguardaban plantados en el corredor. Creí que eran los que arreglaban el camino, que venían a pedir agua o a dejar guardados los almuerzos. Abrí y me enseñaron las identificaciones. Detectives. Aparecieron otros detrás de cada ventana. Entraron a la casa sin más preámbulos y sin decir nada, atropellándome. Revisaron rápidamente cada cuarto. Esperaban encontrar más gente. Decían:

—"¿Dónde están los otros? "

—"¡Hablá!, o si no . . .

El que parecía jefe me preguntó que dónde tenía la mariguana.

—"No tengo nada de eso".

Registraron. Sacaron todas las cosas de sus lugares y las tiraban al suelo. Volcaron los muebles, destendieron la cama, rompieron el colchón, se llevaron las aspirinas, la pimienta, el té y la canela. Y o preguntaba, inútilmente.

—"¿Qué es esto? ¿Dónde está la orden judicial para hacer esto? "

Sólo seguían con amenazas. No encontraban lo que buscaban. Entonces el jefe dijo,

—"Traigan esos álbumes. Busquen fotos de niños".

No entendí lo que sucedía. Empezaron a revisar el álbum de fotos que Ileana cuidaba desde adolescente.

—"¡Teniente! ¡Aquí hay algo! "

—"Son retratos de familia", contesté.

—"¿Qué le hiciste a la chiquita, sátiro? ", me escupió el Teniente en la cara.

—"No sé de qué habla".

Entonces me asusté. Creí que Rosita les había contado a sus padres . . .

*Sería cuando se cumpliera el aniversario. Abriría sus manos apenas lo necesario para sentirlo. Escucharían el ritmo de la lluvia delgada tratando de hacer compás con los cristales. Le tocaría las rodillas y dejaría que la respiración indicara el momento. Entonces se levantarían para abrazarse. La tarde llegaría como un pájaro invisible hasta sus manos bien apretadas y calientes.*

—“No sé nada de la muchacha esa. No sé de qué me habla”.

No había desayunado. Estaba sin camisa, el pelo y la barba revueltos. Tenía frío, aunque ya hacía sol. Me colocaron en una fila con unos policías. El Teniente ordenó que trajeran a la niña. Era flaca y pobre, como de ocho años de edad y con los ojos enormes asustados.

—“¿Cuál es? ”, le preguntaron.

Me señaló.

—“Pero chiquita —dije—, si usted ni me conoce. Fíjese bien”.

—“ ¡Sí! Ese es”.

Me quedé callado, porque la veía a punto de llorar o salir corriendo. Igual que yo.

Pero no lo podía creer. No era Rosita, sino una niña, desconocida.

—“ ¡Hijueputas! Quieren joderme porque soy del Movimiento y por lo de la marcha . . . ¡ Por eso fue que no me hicieron cargos! Ahora, está claro, me llevan preso, prueban cualquier cosa, quién sabe qué cosa, y listo el hombre; como en una novela que Dostoievsky hubiera escrito”.

Los detectives aprovecharon mi turbación para lanzar insultos.

“Degenerado. Sátiro. Buscate una más grandecita. Hijueputa. Comunista. Playo”.

Casi no ponía atención, concentrado, intentando saber cómo hacer para salir del feo asunto. Sólo atiné a decirles, una y otra vez, muchas veces seguidas:

—“Tengo testigos. Tengo testigos. Tengo . . . ”

Me sacaron de la casa a empujones.

Me metieron a un “jeep” blanco, que olía a licor, como los detectives. El Teniente salió aparte, en un carro grande, azul. Durante todo el camino bebieron y me molestaron, pero les seguí la corriente, ya estaba más tranquilo.

—“Seguro que quieren que les diga cosas de política. Pero nada oirán. Ileana se dará cuenta cuando vea mi bulto y la ropa . . . Ojalá. Si no, por lo menos Jorge en la oficina se extrañará. Esta cosa debe ser iniciativa de algún enemigo. Pero no tienen pruebas y yo tengo testigos de todo lo que he hecho estos días. Jorge es buen abogado y sabrá sacarme . . . ¿pero por qué dijo la chiquita que era yo . . . ? Seguro que es un gancho para pescarme. Ileana . . . ¡Qué barbaridad! Pero a lo mejor se junta con el gringo y hasta me

van a hacer visitas en San Lucas”.

Me interrogaron en la oficina del Director.

—“Soy inocente. Necesito llamar a mi abogado. No sé de qué habla. Yo no hice nada. Ya le dije lo que hice ayer. Llame a los testigos. Soy inocente”.

El Director hizo venir a un hombre que decían que era el padre de la niña. Un obrero. Me miraba con ojos de mucha cólera. Las gentes de las oficinas vecinas se asomaban por las puertas entreabiertas y por las ventanas. Miré hacia una ventana, como para irme y escapar. El Director se exasperó porque no me sacaba nada. Me insultó y me pegó en la cara. Caí al suelo, porque estaba desprevenido, observando el azul tras la ventana, sentado en una aislada silla. Quise incorporarme, pero desde donde estaba vi muchas botas rodeándome. Me patearon las costillas, el estómago, . . . Se burlaban.

Después me trasladaron a la Detención General.

*Miraría los árboles desde el portón. Recogería una hoja seca para vistir con ella la muñeca. Bajaría hasta el puente y se apretaría contra la baranda. Lanzaría la muñeca al agua verde y llena de reflejos. Desde la distancia, él escucharía sus risas, y levantaría la cabeza para aprender por fin los nombres del viento.*

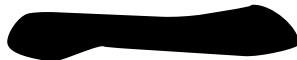
Me pusieron en la celda grande, cerca de los orinales. (Celda verde y sucia y grande). Hubo redada aquel día, y tenían a muchos adentro. Ladrones y borrachos, un estafador oficinista, playillos, vagabundos, traficantes de drogas, putas, un viejo del Mercado Central, con su hijastro quejándose de la pierna rota, acusados de robar en el almacén donde trabajaban.

El detective encargado de la investigación me mandó a buscar, como a las diez. Buena gente. Al fin logré que alguien quisiera saber lo que yo creía que era la verdad, mi palabra sobre el asunto. El me dijo cuáles eran los cargos y le expliqué todo lo que había hecho el día anterior, el lunes, cuando se suponía que había pasado la cosa.

“Tenés que creerme. Llamá a la oficina y preguntás por Jorge, o Salazar, y también tengo de testigo a doña Dorita, y al Licenciado Obando”.

Pedí hablar con Jorge, mi abogado. Dijo que no se podía, que disponían de veinticuatro horas para investigar, sin que interviniera la justicia. Después se me quedó mirando y dijo:

—“Usted está en los archivos. Como que le gusta mucho la política . . .”



*Se devolvería y entraría al bosque callada y con los ojos bajos. Seguiría el camino de piedra y musgo hasta llegar a la poza y el túnel. Mojaría sus dedos en el agua. El aparecería y ella podría tocarle la cara, para ver cómo reaccionaba ante el agua fría. Sin estremecerse, él simplemente miraría su cintura, y el tronco doblado en el agua.*

Me llevaron a la celda otra vez. Me senté en el suelo, en una esquina, ya que casi no había sitio desocupado porque los presos entraban de seguido. Olía a sudor y orines y miedo. Las mujeres gritaban, desde las celdas que están en la parte delantera del edificio, porque los policías se aprovechaban y se las cogían a la fuerza. (Como eran putas)... Un muchacho de unos diecisiete años estuvo tirado más de una hora sobre el piso mojado del corredor, frente a mi celda. Sangraba por los oídos y no tenía conocimiento. Después lo alzaron y lo llevaron a la enfermería. Los presos decían que le habían pegado los policías nada más de chicha, porque le dio la gana y él era fuerte y bien machito.

Muy tarde en la noche, cuando hubo agotamiento y silencio y todos quisieron tratar de descansar, me levanté.

La ventana era resistente. Tenía cedazo por dentro, barrotes por el lado de afuera, tablas en la mitad superior y abajo un vidrio roto, por el que se colaba el aire del exterior y se podía ver. (El patio donde está la bodega que sirve para guardar las cocinas que el Ministro de Seguridad anda regalando, en su campaña de acción cívica *civic action*). Más arriba una tapia alta, de piedra recubierta de cemento y vieja, que databa de cuando la construcción de la Fábrica Nacional de Licores y la Avenida de las Damas (creo que cerca de donde vivía García Monge). Árboles cerca de la calle, y encima las estrellas.

Tenía hambre, estaba débil y mareado. Un policía que dijo que me traería comida se quedó con el dinero que le di, y yo todavía sin comer nada. Ni beber tampoco. Quería irme y correr por el campo, libre. Imaginaba la sensación de cuando me llevaran para la Penitenciaría, o San Lucas. Después miraba los árboles de la calle y las estrellas, el verde oscuro oloroso de los cipreses del bosque, y el túnel y la poza eternamente quieta, sobre la que me inclinaba, para ver el fondo y el reflejo. Y en el reflejo estaba Ileana, y en el fondo la cara de Róger el gringo mago, que se reía con ganas y me decía:

—“Do you know the child's tale? ”

—*Declaración de la niña en el juzgado.*

DESPUES DE ALMUERZO SALI A JUGAR CON LIGIA, MI AMIGA. DOS HOMBRES ME PIDIERON QUE LES FUERA A COMPRAR UNA PESETA DE CIGARROS A LA PULPERIA "LA LUISA". DIJERON QUE ME REGALABAN UN DIEZ. CUANDO VOLVI ESTABAN ESCONDIDOS DETRAS DE LA PULPERIA "LA PERLA". ME AGARRARON Y ME METIERON A UN "JEEP" BLANCO. ME TAPARON LOS OJOS CON UN PAÑUELO AZUL Y ANDUVIMOS, Y PEGANDO BRINCOS EN EL CARRO. NO ME ACUERDO BIEN. ME ENCONTRO JOSE Y ME DESPERTE EN LA MESA DE MI CASA, ACOSTADA, MIS PAPAS Y TODA LA GENTE ME DIJERON QUE ME HABIAN LLEVADO UNOS HIPIS. ERAN BARBUDOS. HIPIS. ME BAJARON EN UNA CASA POR LA QUEBRADA. EN EL POTRERO HABIA UN CABALLO BLANCO, GRANDE. ME METIERON EN UNA CASA BLANCA. HABIAN HOMBRES Y MUJERES BAILANDO SIN ROPA. YO TENIA MUCHO MIEDO. TENIAN A UN CHIQUITO MUERTO ACOSTADO EN LA MESA, CON CANDELAS COMO EN LA IGLESIA. TENIA LA CABECITA AMARRADA CON UN TRAPO AZUL. YO QUERIA IRME PORQUE MI MAMA ME DICE QUE NO SALGA A JUGAR EN LA CALLE PORQUE ME VA A AGARRAR UN BARBUDO HIPI Y ME VA A LLEVAR. ME



LLEVARON A UNA CAMA DONDE ESTABAN OTROS CHIQUITOS Y CHIQUITAS. ME DIERON UNAS PASTILLAS BLANCAS Y ROJAS. ME MAJARON LOS DEDOS, EN LAS MANOS Y LOS PIES. UN SEÑOR ME PUSO UNA INYECCION. ME DORMI. ME ENCONTRO JOSE Y ME PUSIERON EN LA MESA DE LA COCINA Y MI PAPA LLAMO A LOS DETECTIVES.

*—Declaración del padre de la niña (resumen).*

SALIO A JUGAR CON UNA AMIGUITA DESPUES DEL ALMUERZO. YO ME FUI PARA LA FABRICA DONDE TRABAJO. A LAS CUATRO ME FUERON A LLAMAR PORQUE LA CHIQUITA NO APARECIA. EMPEZAMOS A BUSCARLA Y JOSE, UN SOBRINO MIO DE COMO DIECIOCHO AÑOS SE LA ENCONTRO DORMIDA, SENTADA EN LA TAZA DEL EXCUSADO, EN EL PATIO. LA LLEVAMOS A LA CASA Y NOS CONTO QUE DOS BARBUDOS SE LA HABIAN LLEVADO. ENTONCES FUI AL TELEFONO Y LLAME A LOS DETECTIVES.

—“Encantamos a la chiquilla. Le pagamos al pobre hombre. Lo hizo el dueño de la casa donde vivís, porque sabe que sos del Movimiento y quería echarte y te habló y le dijiste que tenías seis meses por ley. Mejor te quedás tranquilo con lo de Ileana. No tratés de interferir con nosotros”.

Me alejé de la ventana. Probablemente había transcurrido bastante tiempo, pues empezaba el amanecer. Muchos detenidos ya habían salido libres —los borrachos—, y a otros los trasladaban poco a poco a la Penitenciaría.

Al ser el mediodía, por falta de pruebas me dejaron ir. Ileana me esperaba y no me reprochó nada, sino que me ofreció mucha comprensión y ternura. Estaba agotado hasta los huesos. Sabía que era, desde ese día, otra persona. Le dije a Ileana, no sé por qué, que el gringo y sus amigos tenían la culpa de todo lo que había sucedido. Por suerte creo que no me entendió.

*Los muchachos la abrazarían y ella les besaría el pelo y sus anchos cuellos. La tarde pondría vagas siluetas en sus caras frescas y varoniles, y oscurecería las hojas y el cielo. Los animales detendrían entonces sus voces y sus caminos. Todo quedaría inmóvil y eterno. Ellos la alzarían, y ella cantaría el sabor de sus cuerpos bronceados.*

## IX

Al día siguiente, en la oficina, le dije al jefe que estaba enfermo y le pedí la semana. También hablé con Salazar, le expliqué, le pedí discreción, y que fuera mi testigo. Después pasé por la oficina de Jorge, para agradecerle porque había logrado mi libertad, al menos mientras se realizaba el juicio. Dijo que no me preocupara, que dejara todo en sus manos. Ileana y yo nos fuimos para la playa, a descansar.

*La mañana estaría silenciosa y ella correría por el pasto hasta agotarse. Se escondería cerca del agua para llamarlo, para asustarlo cuando llegara. Los árboles y la montaña vibrarían y ellos sentirían caer la lluvia, hasta que no quedara ni un grano de viento, hasta quedar completamente limpios y dormidos.*

*Se sentaría sobre una piedra y dejaría que sus pies tocaran el agua levemente. Ese roce se llevaría el cansancio. Leería el poema y una mariposa rozaría sus pechos desnudos y se detendría para mirarla a ella desde las ramas. Por la colina cercana se escucharían voces y risas. De hombre y de muchacho y de niño. Frente al sol intenso y casi blanco podría llegar a ver el cabello ensortijado y brillante de su hijo, y el perfil macizo del esposo, el compañero.*

